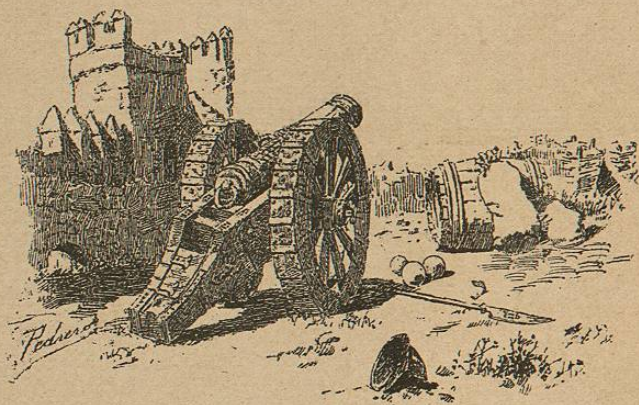


primero brevisísimamente en Nuestra Señora de Aránzazu, en Oñate y en Navarrete; y circunscribiremos nuestro relato á la segunda época de su vida, en donde si no encontramos tantas huellas de su paso como quisieramos en la Santa Casa, las encontramos al ménos en su país natal.



IV

LOYOLA HASTA 1681

Dios quiso conservar la vida de D. Martín García de Loyola (1), para que tuviese la dicha de volver á ver á su querido hermano menor, trece años despues de su partida, á los principios de 1522, y de volverle á ver hecho un prodigio de santidad.

El doble objeto de recobrar en los aires natales su salud, quebrantadísima á fuerza de penitencias y trabajos, y de concluir ciertos negocios de hacienda que tenían pendientes en sus respectivas casas Javier, Lainez y Salmeron, sus primeros compañeros, obligó á Ignacio, muy á pesar suyo, á

(1) Apéndice III.

retornar á España. Sus historiadores refieren minuciosamente este viaje lleno de portentos y de ejemplos de altísimas virtudes; nosotros sólo tocaremos lo que hace más á nuestro propósito.

A principios del año de 1535 salió Ignacio de París en una pobre cabalgadura, que le obligaron á tomar sus compañeros por la debilidad suma en que se hallaba. Era su ánimo entrar en Azpeitia de noche y muy secretamente, para evitar los obsequios y honores que en atención á su nobleza, y más aún á la fama de sus virtudes, harto conocida y divulgada, temía le prodigasen; pero Dios Nuestro Señor dispuso las cosas muy de otra manera.

Segun el mismo Santo Padre lo referia al fin de su vida, y el P. Luis Gonzalez de la Cámara lo consignó tomándolo de su misma boca, á poco de entrar en Guipúzcoa se apartó de la carretera y se internó por caminos muy poco frecuentados, á través de los montes. Corto trecho llevaba de su jornada, cuando en un paraje muy á propósito para fechorías de bandoleros, vió venir hacia él á caballo á dos hombres armados. Pasaron de largo, pero despues volvieron grupas, y le seguian de léjos. Decia Ignacio que llegaron á inspirarle recelos, hasta que se decidió á preguntarles, y entónces supo que eran dos criados de su misma casa, enviados por su hermano mayor. Sin duda le pasaron aviso de Bayona, en Francia, donde algunos le habian conocido. Picaron los ijares á las cabalgaduras los dos servidores, y dejaron á Ignacio. Estaba descubierto; mas no por eso desistió del intento que llevaba, y prosiguió por entre aquellas montañas.

En el proceso para su beatificación hecho en Azpeitia en 1595, hallamos curiosísimos datos de testigos los más fidedignos. Allí consta que un tal Juan de Eguibar, abastecedor de las carnicerías de Azpeitia, «yendo para el paso »de Beobia, que es en la raya de entre Francia y España,

»llegó una noche en la venta de Iturrioz, que es un desierto »á dos leguas de esta villa, donde quedó aquella noche, y »que en la dicha venta la huéspeda de ella dijo al dicho Juan »de Eguibar cómo estaba en ella un hombre de esta villa »cual jamás habian visto á otro; y así, el dicho Juan de Egui- »bar, deseoso de ver quién era, se fué con la dicha hués- »peda, y por un resquicio de la puerta vieron al dicho Pa- »dre Ignacio que estaba puesto de rodillas, rezando: y como »el dicho Juan de Eguibar le reconoció, se volvió para esta »villa é dió noticia de ello á sus hermanos y deudos; los »cuales por recelo que tenian de que se les volviera atrás »no fueron, ántes enviaron á se certificar de ello un clérigo »llamado D. Baltasar de Garagarza, y habiendo ido solo el »dicho D. Baltasar á la dicha venta, se vió con él y procuró »de traerle consigo, el cual no lo quiso hacer.»

Tambien se sabe por las mismas fuentes y por el testimonio de el mismo San Ignacio, que estuvo en unos caseríos llamados de Ederritzaga, en la jurisdicción de Cestona, y que se tropezó, poco ántes de Azpeitia, con unos presbíteros que venian á su encuentro, los cuales en aquel caminante vestido de «parda jerga, con alpargatas al cinto, sin calzas ningunas, llevando del diestro un rocinejo castaño,» reconocieron al vigoroso y *polido* doncel en otro tiempo, amaestrado por su pariente el Duque de Nájera, D. Antonio Manrique, y que «ostentaba su gentileza en andar á caballo á la jineta y á la brida, en correr parejas, en jugar la espada y en todos los ejercicios de caballería.»

Le invitaron con grande insistencia á que fuese á la casa de Loyola; agradeció Ignacio cortesmente el ofrecimiento, pero no se pudo recabar de él que se hospedase en su propia casa ó en alguna de sus parientes, sino que se retiró al Hospital de Santa María Magdalena, donde moró todo el tiempo que sus enfermedades le obligaron á permanecer en su país, que fué unos tres meses.

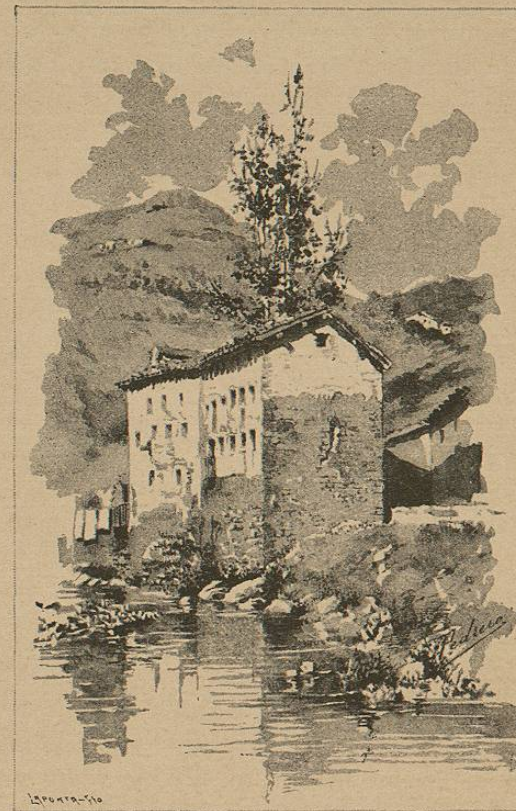
Consta, no obstante, por la citada informacion jurídica, que en esta sazón pasó una noche en la casa de sus padres, hoy santuario de Loyola. Traslademos las mismas palabras que obran en el proceso: «Un día vinieron al dicho Hospital de la Magdalena, doña Magdalena de Araoz, mujer de Martín García de Loyola y cuñada del P. Ignacio, y otros muchos parientes y deudos á rogarle se fuese á la casa de Loyola, á los cuales les respondió que estaba cansado y que otro día iría; y la dicha doña Magdalena de Araoz le importunaba y decía que por las almas de sus padres se fuese á la dicha casa de Loyola, á lo cual el dicho P. Ignacio le respondió lo que de primero; y la dicha doña Magdalena tercera vez, puestas las rodillas en el suelo, le rogó que por amor de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo se fuese á la dicha casa de Loyola, á lo cual el dicho P. Ignacio le dijo y respondió: ¿Eso me decís? pues por eso iré á Loyola y aun á Vergara y todo; y así, se fué la dicha noche á la dicha casa de Loyola, y el día siguiente por la mañana muy temprano volvió al dicho Hospital. Y fué público que aunque en la dicha casa de Loyola le hicieron cama regalada, no se acostó en ella.»

Por este y otros testimonios de igual valor consta, pues, que San Ignacio estuvo unas horas en su casa, edificando á los suyos con su presencia y conversacion; y pasando quizás la mayor parte de la noche en el aposento donde recibió durante la cura de sus heridas tantos favores de Jesús y de su benditísima Madre, ó en el Oratorio antiguo, para él de tan gratos recuerdos.

Una vez fijada su morada en el Hospital de la Magdalena, comenzó Ignacio desde luego á reunir los niños para explicarles la doctrina, á pedir limosna de puerta en puerta para los enfermos sus compañeros, á predicar primero en la iglesia parroquial, y luego á campo descubierto, por

no contener el templo, con ser muy ámplio, auditorio tan numeroso.

«Acudieron á oírle mucha gente, así vecinos de la villa



Hospital de la Magdalena.

como de los de Tolosa y tierra de Regil (1), y era tanto el concurso de gentes, que henchían el campo de tal manera

(1) Proces. de beatificación.

que las hierbas y zarzales que allí había se secaron de la frecuencia de tantas pisadas» (1).

Entonces fué cuando se observó el prodigio de hacerse oír la voz del Santo con toda claridad hasta la distancia de 300 metros, estando tan débil por la enfermedad de que convalecía: entonces cuando se verificaron reconciliaciones de familias desunidas y conversiones muy notables, entre ellas la de Magdalena Mendiola, por apodo *Sendo*, la que encontrándose con Ana de Anchieta, que así lo deponen en los procesos, le dijo: «Ana, el sermón de Ignacio me ha atravesado y partido el corazón; mirad si quereis venir en peregrinación con nosotras, que como he servido hasta aquí al mundo pretendo servir de aquí adelante á Dios.»

Siguióse á las predicaciones la reforma de costumbres en el Clero no ménos que en el pueblo, y el establecimiento de algunas cristianas y piadosas costumbres que aun en nuestros aciagos tiempos continúan practicándose: fundóse despues de resultas de su estancia en Azpeitia con parte

(1) Proces. de beatificación. Es aquí muy de notar que, deponiendo los testigos de este proceso muchas cosas tan menudas como estas y otras más insignificantes referentes á la venida y estancia de San Ignacio en el Hospital de la Magdalena, describiendo por dónde, y cómo y cuándo entró, ni uno solo de los muchos que deponen, hace ni siquiera mención de tan notable acontecimiento, cómo hubiera sido su recibimiento por todo el Clero y pueblo de Azpeitia, de que se habla en algunas historias. Así como tampoco hay una sola palabra alusiva en el proceso, á la pública satisfacción que dicen algunos de sus historiadores dió Ignacio desde el púlpito por el hurto de unas manzanas cuando era mozo. Rivadeneira, que refiere esto de oídas, dice que sucedió «la primera vez que predicó en Azpetia, con grande concurso de toda la gente principal y pueblo.» Pues bien, esta satisfacción tan tardía y tan inexplicable por lo mismo en un Santo, este hecho público en el que se dice dió Ignacio al agraviado por aquel puñado de manzanas dos heredades, no se puede de ningún modo admitir. Porque es imposible que hecho tan notorio no se hubiera mencionado en los procesos, si hubiera sucedido, siendo así que se refieren pormenores tan menudos como, por ejemplo, el de que al preguntar Ignacio la doctrina á un niño algo tartamudo, se riyó una señora que estaba presente, y se llamaba Marina Saez de Arana, etc., etc.

de su hacienda la cofradía del Santísimo Sacramento, y en una palabra, hizo cuanto deseó su santo celo en favor de aquella dichosa villa (1). Mas nada tiene de extraño el que en su propia tierra recogiera San Ignacio frutos tan opimos, porque su palabra iba vivificada por la influencia de las virtudes que á vista de todos ejercitaba, y autorizada por Dios con el don de profecía y de milagros. Desde esta fecha, puede decirse, data la devoción y entusiasmo extraordinario con que toda esta comarca venera á su glorioso compatriota.

Consérvase en la iglesia parroquial de San Sebastian como un precioso monumento, la pila donde fué bautizado el Santo: es de granito comun sin pulir por su parte exterior, en la que sin embargo tiene labradas en imbricación unas como conchas ú hojas sobrepuestas: en su parte interior está pulimentada y un poco *quebrada y fendida*, como ya en 1546 lo atestiguaba el Vicario General Meneses. En la actualidad está resguardada y recubierta toda de madera curiosamente tallada y dorada, y la tapa con rico almohadillado de seda al interior.

En la parte superior y á los pies de una estatua de San Ignacio, se lee en una cartela esta inscripción en dialecto guipuzcoano:

EMENCHEN
BATIATUBA
NAIZ.

«Aquí mismo bautizado soy.»

Parece que se mandó retirar en un tiempo del uso comun por respeto al gran Santo que había sido en ella re-

(1) Martín García de Oñaz estableció una manda en recuerdo de su hermano *Itigo* (San Ignacio), que al mediodía se toquen las campanas á las *Ave Marias* en la iglesia matriz y en las ermitas, y dejó para esto 22 ducados de renta, fundados por siempre sobre la casería de *Aguirre*.

generado con el Bautismo, y por el estado en que estaba; mas una vez compuesta, fué preciso devolverla cediendo á las instancias de los padres de familia deseosos de que sus hijos fuesen bautizados donde lo habia sido el gran Fundador de la Compañía de Jesus (1).

No omitiremos otro recuerdo cuya tradicion se refiere probablemente á la niñez de Ignacio y más aún al tiempo de su convalecencia de las heridas recibidas en Pamplona. En la falda oriental del Izarraitz existe una pequeña ermita donde se venera una imágen de la Santísima Virgen con el título de Nuestra Señora de Olaz. Queda al frente el espolon del camino que conduce de Azpeitia á Loyola, y en él se ve una pilastra de mármol sustituida en el lugar de otra más tosca y antigua por la solicitud y devocion del P. Pedro Portes, Rector de Loyola: esta pilastra, con su inscripcion, señala á los transeuntes el sitio donde San Ignacio se arrodillaba á saludar desde léjos á la vírgen de Olaz. Hoy mismo, todas las personas piadosas, al pasar por allí, imitando el ejemplo del Santo, se descubren y rezan la Salve.

Finalmente, aunque el Hospital de la Magdalena fué posteriormente trasladado á otro edificio más amplio y cómodo; el cuarto donde moró mientras estuvo enfermo Ignacio y donde dos sobrinas suyas que le asistian le vieron rodeado de luz celestial, es todavía objeto de veneracion á los que visitan, movidos de piedad y devocion, estos santos lugares de Guipúzcoa.

(1) El señor de la casa de Loyola tenia el patronato de esta parroquia de San Sebastian de Soreasu desde el año de 1387 por merced del rey D. Juan el I, dada en Cuellar á 10 de Mayo en favor de Beltran Yañez de Loyola, sexto ascendiente de San Ignacio.

Cuando los señores de Loyola venian de su castillo á la parroquia de Azpeitia, parece que descansaban y mudaban de traje en la casa que poseian cerca de la de Emparan, conocida por Casa-torre de la Insula, llamada así por estar cercada de las aguas del rio Urola y del Ibaieder.

Restablecida un tanto su salud, se alejó Ignacio del suelo patrio, para no tornar jamás á él; pero dejándole tan reformado en las costumbres, tan edificado con sus virtudes, tan admirado de sus milagros, tan aficionado y devoto suyo, que hasta el dia nunca ha menguado su veneracion y afecto, haciéndose como



Virgen y ermita de Olaz.—Salve.

hereditario en las familias, y trasmitiéndose de generacion en generacion.

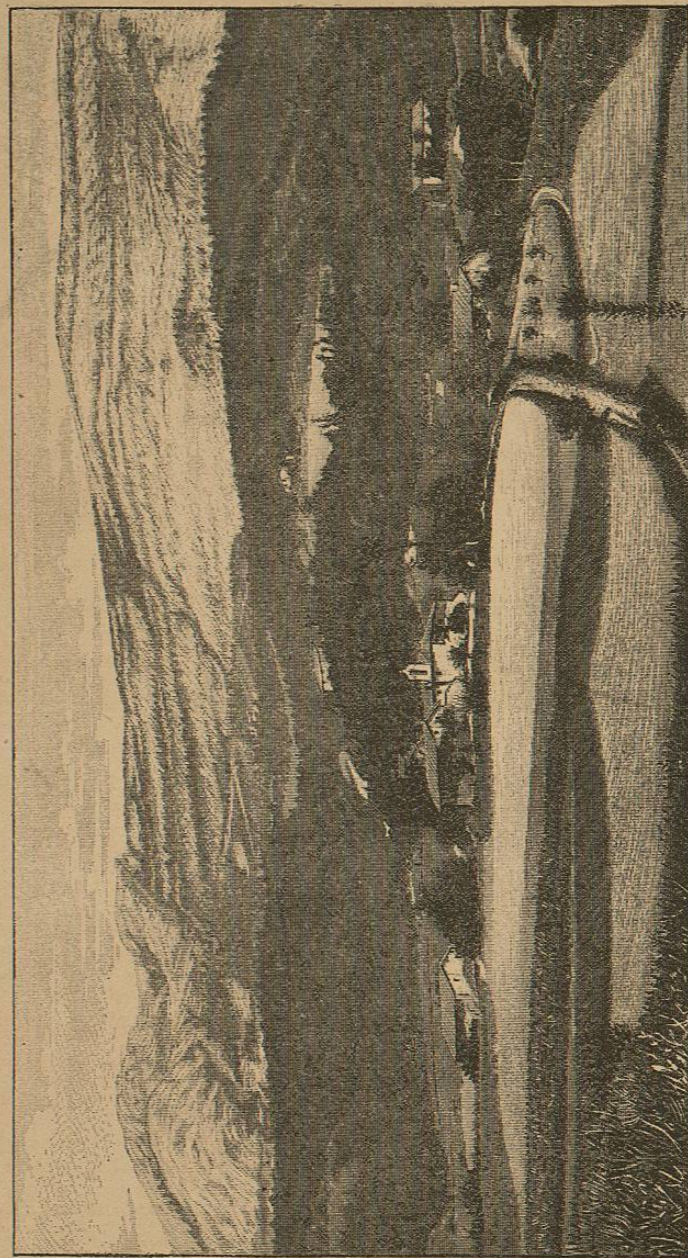
Y si grato recuerdo guardó Azpeitia de esta primera y última estancia del Santo despues de su conversion, no fué ménos grato el que conservó este insigne hijo de Guipúzcoa, á quien se pretende pintar áspero y desamorado.

Léanse los siguientes párrafos de su carta á la villa de Azpeitia, y dígasenos, si no se ve á través de sus renglones el gran corazon de Ignacio:

«Su Divina Majestad sabe bien cuánto y cuántas veces me ha puesto en voluntad intensa y deseos muy crecidos, si en alguna cosa, aunque mínima, pudiese hacer todo placer y todo servicio en la su Divina Bondad á todos y á todas naturales desá misma tierra, de donde Dios Nuestro Señor me dió por la acostumbrada misericordia, mi primer principio y ser natural, sin yo jamás lo merecer ni poderle gratificar. Y estos tales deseos, más recibidos de Dios Nuestro Señor y Criador universal que por criatura alguna, me llevaron desde París en esa villa, agora, habrá cinco años pasados, no con mucha salud corporal; donde quien allá me llevó por la su acostumbrada y divina misericordia me dió algunas fuerzas para poder trabajar en alguna cosa como visteis. Lo que dejé de hacer, se debe atribuir á mis faltas, que siempre me acompañan.»

En esa carta manifiesta á los azpeitianos los deseos que siempre tuvo de que sus «ánimas en todo fuesen quietas y pacíficas en esta vida en la verdadera paz del Señor Nuestro, no en la que es del mundo.»

Porque, dice, «muchos príncipes, grandes y pequeños, hacen treguas y paces exteriores, y la paz interior nunca entra en las ánimas de los tales, mas rencor, envidia y malos deseos contra los mismos con quien las han hecho las tales exteriores paces; mas la paz del Señor Nuestro, que es interior, trae consigo todos los otros dones y gracias necesarias á la salvacion y vida eterna; porque la tal paz hace amar al prójimo por amor de su Criador y Señor: así amando, guarda todos los mandamientos de la ley como dice San Pablo: Qui diligit proximum, legem implevit, «ha cumplido toda la ley, porque ama á su Criador y Señor, y á su prójimo por Él.» Por eso—dice—he venido á pensar si por otra vía, é siendo absente, pues presente no puedo, podría en algo ejecutar mis primeros deseos; y ofreciéndose una grande obra que Dios Nuestro Señor ha hecho por un fraile Dominico, nues-



Ermita de Olaz, en la faldá del Izarraiz.